

Julio 18/72

POST TENEBRAS SPERO LUCEM
1805.

PRIMERA EDICION DE D. QUIJOTE REPRODUCCION
POR LA FOTO-TIPOGRAFIA
EN 1871.
ADMINISTRACION

*Al Ministro de Fomento
Como los efectos de la Ley de Propiedad Literaria*

10.^a
ENTREGA.

BOLETIN DE LA REPRODUCCION FOTO-TIPOGRÁFICA

DE LA PRIMERA EDICION DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PUBLICADA POR EL CORONEL D. FRANCISCO LOPEZ FÁBRA

BAJO LOS AUSPICIOS DE UNA ASOCIACION PROPAGADORA,

de la que son

Presidente el EXCMO. SR. D. JUAN E. HARTZENBUSCH, y Secretario el SR. D. CARLOS FRONTAURA.

SE REPARTIRÁ CADA 3 MESES.

NÚM. 4.º—FEBRERO DE 1872.

CONDICIONES DE LA OBRA.

26 ENTREGAS DE 48 PÁGINAS.

CINCO PESETAS CADA ENTREGA.

UNA ENTREGA CADA MES.

DEL EDITOR.

Con el presente *Boletín* n.º 4.º, se reparte la entrega 10 de esta reproducción. Se ha impreso ya hasta la 14 con la cual finaliza el tomo 1.º y al efectuarse su envío, en *Junio próximo*, se hallarán probablemente, impresas las 26 entregas.

Para la terminación de esos trabajos nos habíamos fijado un plazo de 26 meses que hemos logrado reducir á 14 y, sin que por ello se alteren las condiciones del *Prospecto*, se podrá anticipar un año la remisión de la totalidad de la obra á los que así lo deseen.

Ha empezado ya á imprimirse el *notabilísimo* volumen de notas escritas por el E. S. D. Juan E. Hartzenbusch de las que se inserta una página en este *Boletín*. El original correspondiente á la primera parte contiene MIL DOCE notas.

Llamamos, finalmente, la atención sobre la carta, que se inserta, del ilustrado Cervantista Sr. D. Leopoldo Rius, cuya condescendencia y desprendimiento podrá contribuir, si tiene imitadores, á que sea una realidad el proyecto de completar ésta publicación con CIEN LÁMINAS REPRODUCIDAS DE TODAS LAS EDICIONES ILUSTRADAS DEL QUIJOTE QUE SE HAN DADO Á LUZ EN EL MUNDO.

ATENEU CATALAN.

SESION DEL DIA 12 DE ABRIL DE 1871.

(CONTINUACION.)

Á LA FOTO-TIPOGRAFIA

COMPOSICION RECITADA POR D. JOAQUIN RIQUELME,
en el acto de imprimir las primeras páginas.

SONETO.

Vive Dios que me espanta esta grandeza
Y que diera un doblon por describilla,
Porque ¿á quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta braveza?

Paréceme que vive cada pieza
De este milagro humano, y no es mancilla
Decir que la Giralda, allá en Sevilla,
Ni en el grandor le alcanza, ni en riqueza.

Apostaré que el ánima del muerto,
Por gozar de este sitio, hoy ha dejado
El cielo de que goza eternamente.

Su libro reimprimir de un modo cierto
Verá el gran génio, el inclito soldado,
por medio de una emprenta que no miente.

¡La luz del sol, que graba encontinente,
La luz de la razon!!... Tiempo ni espada
Contra aqueste grabar no pueden nada.

EXCUSAS.

Composicion escrita por D. CAYETANO VIDAL Y VALENCIANO,
Y LEIDA, POR EL MISMO, EN LA CITADA SESION.

Confiesoos en puridad, y sin juramento me lo podeis creer, que nunca compromiso alguno literario ha engendrado en mi ánimo mayores vacilaciones ni mas extraña suspension, como el que, por malos de mis pecados y con harta mas ligereza de la que fuera menester, contraje para esta célebre noche. Y es á lo que entiendo, ó se me alcanza muy poco en achaque de literatura, que convencido de que no podia dar lugar á cosa de gran provecho, por una parte la brevedad del tiempo, y por otra este mi flaco ingenio, que menguado siempre, redúcese á nonada viéndose frente á frente de la obra inmortal del gran Cervantes, desechaba cuantos asuntos me ocurrían, por triviales unos, otros por inoportunos, aquellos por de difícil ejecucion, los de mas allá por ser de tal naturaleza que no consentían el ser tratados de pasada y como cosa de poco momento, y todos por superiores á mis fuerzas, ya que no á mis intentos y deseos.

Peró puesto que hallándome comprometido á tomar una parte, siquiera mínima, en esta sesion, con la cual honrando al *Manco de Lepanto*, honra tan alta conquista el Ateneo, algo debiese borrar para cor-

responder á quien con tan mal acuerdo se dignó invitarme, dime á discurrir la manera como saldría mas airoso del paso, persuadiéndome, despues de darle mil vueltas al discurso, que ninguna era mas acomodada á las circunstancias, que la de considerar á Cervantes bajo un punto de vista especial, de suerte que mi trabajo que por fuerza debia de resultar desaliñado y enteco, ofreciera por lo menos sus sombras y lejos de originalidad.

Ya en este punto asaltábanme nuevas dudas é imaginaciones; porque si pretendia poner de relieve el contraste que ofrecen los dos personajes principales de la obra sin par, cuya lectura mueve á risa al melancólico, en el risueño la acrecienta, el simple no se enfada, el discreto se admira de la invencion, el grave no la desprecia, ni el prudente deja de alabarla; hallábame luego con que, por mucho que hiciera, habíame de quedar tan atrás en mi propósito, que antes engendrara pesadumbre en quien me oyese, que lograra cautivar su atencion.

Mas comodidad y mayor entretenimiento daba de sí el estudio de las mujeres que en vasta galería se presentan en todo el discurso del Quijote. Pero quien que no sea el mismo Cervantes, es capaz de poner en su punto la desenvoltura de las traídas y llevadas que en la venta ayudaron á armarle caballero; la crueldad y arrogancia de la desdenosa Marcela; lo mudable y antojadizo de la zahareña Torralba; lo firme y decidido de la constante Luscinda; la discrecion, donaire y facilidad de la maliciosa Dorotea; la ferviente piedad de Zoraida; la cándida inocencia de Clara; la volubilidad de Leonarda; el atrevimiento y travesura de la desenvuelta Altisidora, la exquisita puntualidad de la *compasiva* Maritornes; la codicia y buen sentido de Teresa Panza, y para no pecar de prolijo, la hermosura sobrehumana de la sin par Dulcinea, en la cual se hacian verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza. que los poetas dan á sus damas?

Si queria presentar á Cervantes como conocedor profundo de gente rústica y aldeana, ofrecíanme donde escoger los cabreros que refirieron la historia del enamorado Grisostomo, ante los cuales pronunció don Quijote el sabido discurso sobre la edad de oro; el que en el corazon de la Sierra Morna le dió cuenta puntual de la desgracia del sinventura Cardenio; las zafias lugareñas convertidas en reales princesas por obra de Sancho; y entre todos y sobre todos el mismo fiel escudero, con su tesoro de gracias, su arsenal de chistes y su caudal inagotable de refranes, agudezas, sentencias, lindezas y donaires.

Para ofrecérselo diestro pintor de cuadros de la naturaleza, bastábame con acogerme al inspirado libro, en la seguridad de que cualquiera que fuese la página por donde lo abriera, habia de encontrarme con descripciones tales, que ora regocijan el ánimo, por los verdes prados y apacibles florestas, de árboles tan frondosos y lozanos formadas, que así alegran la vista con su frescura, como entretienen los oidos con el dulce, suave y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por las intrincadas ramas van cruzando: ora infunden terror y espanto por la oscuridad de la noche, el manso y temeroso ruido de los troncos por el viento combatidos, el susurro de la hojarasca que en torno de los árboles

sombrosos se arremolina, y el estrépito de caudaloso torrente que de algunos grandes y levantados riscos se despeña: nos representan al vivo el amanecer de caluroso dia estival, en las inmensas, secas y dilatadas llanuras de la Mancha; ó nos traen por último á la imaginacion la calma plácida de noche de aldea, solo interrumpida por el ladrar de los perros, el cantar de los gullos, el campanilleo del ganado que rumia en los establos, y esos mil ruidos inapreciables, sordos, indefinibles, que ni puede saberse de que proceden, ni atinarse de donde derivan, y que acaso no son mas que el suspiro de las humildes hierbezuelas, los gemidos de las brisas que duermen en las enramadas, el lamentar dulce de insectillos infinitos, ó la armonía eterna de esos millones de luminaires, que á distancias inmensas, siguen imperturbables el camino que les trazara la mano omnipotente del Omnipotente Creador. Mas tambien para esto era menester ya que no el mismo exquisito sentimiento de Cervantes, tener siquiera á mano su pincel diestrísimo y su variada y riquísima paleta, sin contar que de seguir por tan trillados derroteros, no podia preciarne de tener prendas de invencion, ni de excitar el interés á que mueve la originalidad.

Mas de una vez, persuadido de que en los tiempos felices y venturosos que alcanzamos, así se nos da de cuanto no sea la cosa pública como de los nublados de antaño, ocurrióseme que nada podia hacer de mayor provecho y consideracion; que ofreceros á don Quijote (con perdon sea dicho), como partidario de los derechos individuales. Y no hayais el antojo por manifesto indicio de flaco entendimiento en quien lo concibió; porque con ser cosa averiguada que bastan á ablandar los cascos mas duros, las discusiones, encuentros, peleas, riñas y todo lo al, que de tan nunca imaginada conquista han sobrevenido; todavia, sin duda por especial merced de la divina Providencia tengo los sesos debidamente aposentados, para venir, por su ejercicio, en conocimiento propinquo, de que no habian de faltarme textos abundantes con que demostrar plenamente mi proposicion. Y tengo para mí, y aun imagino que no he de ser único en discurrir de tal manera, que quien vino al mundo sin otra mision ni mas cuidados que emplearse donde quiera que hubiese agravios que deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer; y profesaba la máxima de que á los caballeros andantes no les cata ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos, siquiera galeotes, están en aquella angustia por sus gracias ó por sus culpas, y solo deben mirar en ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías, tiene títulos sobrados para figurar como el primero, en las huestes de la flamante cimbrería. Di con todo de mano al pensamiento, persuadido de que ni está el alcacer para zampoñas, ni habia de ponerlo por obra de tal modo, que no fuera parte, por su propia naturaleza, á perjudicar la elevacion y gravedad que corresponden, á esta nunca vista ceremonia.

En resolucion y visto que por mas que apretára el discurso, no se me ofrecia remedio para salir del aprieto en que me hallaba, principalmente cuando á todo andar se me venia encima este dia, ó esta noche,

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



LA PRIMERA EDICION
 REPRODUCIDA, DESPUES DE 266 AÑOS,
 POR LA
FOTO-TIPOGRAFIA
 Y publicada por su inventor el Coronel D. FRANCISCO LOPEZ FABRA
 de la que son
 Presidente el Excmo. Sr. D. Juan E. Hartzembusch,
 Y Secretario el Sr. D. Carlos Fontanla
 BARCELONA. MDCCLXXI.
 10. ENTREGA.

CERVANTES

perança esta mas cerca de poseello : pero porque no digas que no respondo a tus preguntas, desso q̄ conozco a tu esposo Anselmo, y nos conócemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero dezir lo que tu tambien sabes de nuestra amistad por me hazer testigo del agrauio que el amor haze que le haga poderosa disculpa de mayores yerro. A ti te conozco, y tengo en la misma posesion que el te tiene, que a no ser assi, por menos prendas que las tuyas no auia yo de yr cótra lo que deuo a ser quien soy, y cótra las santas leyes de la verdadera amistad, aora por tan poderoso enemigo como el amor por mi rompidas, y violadas. Si esto confiesas? respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, có que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tu te deuias mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agrauias? Pero ya cayo, à desdichada de mi, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que a ti mismo deues, que deue de auer sido alguna defemboltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no aura procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuydo de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hazer inaduertidamente. Sino dime quando, o traydor, respondi a tus ruegos, con alguna palabra, o señal, que pudiesse despertar en ti alguna sombra de esperança, de cumplir tus infames deseos? Quando tus amorosas palabras no fueron deshechas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y

José López Peláez

Quarta parte de don

con aspereza? Quando tus muchas promessas, y mayores dadiuas fueron de mi creydas, ni admitidas? Pero por parecerme q̄ alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, sino es sustentado de alguna esperança, quiero atribuyrme a mi la culpa de tu impertinencia: pues sin duda algun descuydo mio ha sustentado tanto tiempo tu cuydado, y assi quiero castigar me, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo cōtigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hazer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí, con el mayor cuydado que te ha sido posible: y de mi tambien con el poco recato q̄ he tenido del huyr la ocasion si alguna te di para fauorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno a dezir, que la sospecha que tengo que algun descuydo mio engendrò en tí tã desuvariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la q̄ yo mas desseo castigar con mis propias manos: porque castigádome otro verdugo, quiça seria mas publica mi culpa: pero antes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de sarisfazer el desseo de la vengança que espero, y tengo, viendo alla donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla al que en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diziendo estas razones con vna increíble fuerça, y ligereza arremetio a Lotario con la daga de sembaynada, con tales muestras de querer enclauarsela en el pecho, que cañ el estuuo en duda,

da, si aquellas demostraciones eran falsas, o verdaderas, porque le fue forçoso valerse de su industria, y de su fuerça, para estoruar que Camila no le diesse, la qual tan viuamente fingia aquel extraño embuste, y fealdad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre: porque viendo que no podia auer a Lotario, o fingiendo que no podia, dixo: Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo desseo, al menos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga: y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacò, y guiando su punta por parte que pudiesse herir, no profundamente, se la entrò, y escódió por mas arriba de la islla del lado izquierdo juto al ombro, y luego se dexò caer è el suelo como desmayada. Estauã Leonela y Lotario suspètos, y atonitos, de tal suceso: y toda via dudauan de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre: acudio Lotario con mucha presteza, despauorido, y sin aliento a sacar la daga, y en ver la pequeña herida salio del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admirò de la sagacidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que a el le tocava, començò a hazer vna larga, y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuiera difunta, echandose muchas maldiciones, no solo a el, sino al que auia sido causa de auelle puesto en aquel termino. Y como sabia que le escuchaua su amigo Anselmo, dezia cosas, que el que le oyera le tuuiera mucha

Quarta parte de don

mas lastima que a Camila, aúque por muerta la juzgara. Leonela la tomò en braços, y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuesse a buscar quien secretamente a Camila curasse. Pediale assi mismo consejo, y parecer de lo que diriana Anselmo de aquella herida de su señora, si a caso viniessse antes que estuuiesse sana. El respondio que dixessen lo que quisessen, que el no estaua para dar cõsejo que de provecho fuesse, solo le dixo que procurasse tomarle la sangre, porque el se yua adonde gentes no le viesse. Y con muestras de mucho dolor, y sentimiento se salio de casa, y quando se vio solo, y en parte donde nadie le veyá, no cessaua de hazerse Cruces, marauillandose de la instrudia de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Cõsideraua quan enterado auia de quedar Anselmo de q̄ tenia por muger a vna segunda Porcia, y desleaua verse con el, para celebrar los dos la mentira, y la verdad, mas dissimulada, que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomò, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era mas de aquello que bastò para acreditar su embuste, y lauando con vn poco de vino la herida, se la atò lo mejor que supo, diziendo tales razones en tanto que la curaua, que aunque no huieran precedido otras, bastaran a hazer creer a Anselmo q̄ tenia en Camila vn simulacro de la honestidad. Iuntaronse a las palabras de Leonela, otras de Camila, llamandose cobarde, y de poco animo, pues le auia faltado al tiempo que fuera mas necessario tenerle, para quitarle la vida, que tan abo recida tenia. Pedia consejo a su donzella, si daria, o no todo aquel suceso a su querido esposo.

esposo, la qual le dixo, que no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho ruego suyo, y que la buena muger estaua obligada, a no dar ocasion a su marido a q̄ riñesse, sino a quitalle todas aquellas que le fuesse posible. Respondio Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria. Pero que en todo caso conuenia buscar que dezir a Anselmo de la causa de aquella herida, que el no podria dexar de ver a lo que Leonela respondia, que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo hermana, replicò Camila, que tengo de saber? que no me atreueré a forjar, ni sustentar vna mentira si me fuesse en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar salida a esto, mejor serà dezirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tégas pena señora de aqui a mañana, respondio Leonela, yo pensarè que le digamos, y quiça que por ser la herida donde es, la podra encubrir sin que el la vea; y el cielo serà seruido de fauorecer a nuestrós tan justos, y tan hontados pensamientos. Sossegate señora mia, y procura sossegar tu alteració, porque mi señor no te halle sobrelaltada: y lo demás dexalo a mi cargo, y al de Dios, que siempre acude a los buenos deseos. Atentissimo auia estado Anselmo a escuchar, y a ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan estranos, y eficaces afectos la representaron los personajes dellà, que parecio que se auian trãformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaua mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y yra verse con su buen amigo Lotario, congratulan-

Quarta parte de don

tulandose con el de la Margarita preciosa q̄ auia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuuieron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad a que saliesse, y el sin perdella salio, y luego fue a buscar a Lotario, el qual hallado, no se puede buennamente contar los abraços que le dio, las cosas q̄ de su contento le dixo, las alabanças que dio a Camila. Todo lo qual escuchò Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria: porque se le representaua a la memoria quan engañado estaua su amigo, y quan injustamente el le agrauiaua. Yaunque Anselmo vey a que Lotario no se alegraua, creya ser la causa por auer dexado a Camila herida, y auer el fiado la causa. Y assi entre otras razones le dixo, que no tuuiesse pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera: pues quedauan de cócierto de encubrirse la a el. Y que segun esto no auia de que temer, sino que de alli adelante se gozasse, y alegrasse con el, pues por su industria, y medio el le vey leuantado a la mas alta felicidad, que acertara desfearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hazer versos en alabança de Camila, que la hiziesse eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinación, y dixo, que el por su parte ayudaria a leuántar tan illustre edificio. Con esto quedò Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo auer en el mundo: el mismo lleva por la mano a su casa, creyendo que lleuaua el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama. Recebiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Durò este engaño algunos dias, hasta que alcabo de pocos meses boluio fortuna su Rueda, y salio a pla-

ça la maldad con tanto artificio hasta alli cubierta, y a Anselmo le costò la vida, su impertinente curiosidad.

Cap. XXXV. Donde se da fin a la novela del Curioso impertinente.

POco mas quedaua por leer de la novela, quando del caramanchon donde reposaua don Quixote, salio Sancho Pança todo alborotado, dizièdo a bozes: Acudid señores presto, y socorred a mi señor, que anda embuelto en la mas reñida, y trauada batalla, que mis ojos han visto. Viue Dios que ha dado vna cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeça cercen, a cercen, como si fuera vn nabo. Que dizes hermano, dixo el cura, (dexando de leer lo que de la novela quedaua) estays en vos Sancho? Como diablos puede ser esto que dezis, estando el gigante dos mil leguas de aqui. En esto oyeron vn gran ruydo en el aposento, y que don Quixote dezia a bozes: Tente ladron Malandrín follon, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia que daua grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sancho, no tiené que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea, o a ayudar a mi amo: aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante esta ya muerto, y dando cuenta a Dios de su passada, y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeça cortada, y cayda a vn lado que es tamaña como vn gran cuero de vino. Que me maté, dixo a es-
ra

Quarta parte de don

ta fazon el ventero, si don Quixote, o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que a su cabecera estauan llenos, y el vino derramado deue de ser lo que le parece sangre a este buen hombre. Y con esto entrò en el aposento, y todos tras el, y hallaron a don Quixote en el mas extraño traje del mundo: estaua en camisa, la qual no era tã cumplida, que por delante le acabafte de cubrir los muslos, y por detras tenia seys dedos menos: las piernas eran muy largas, y llacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeça vn bonetillo colorado grasiendo, que era del ventero. En el brazo yzquierdo tenia rebuelta la manta de la cama, con quien tenia ogeriza Sancho, y el se sabia bien el porque. Y en la derecha desembaynada la espada, con la qual daua cuchilladas a todas partes, diziendo palabras, como si verdaderamente estuiera peleando cõ algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaua durmiendo, y soñando que estaua en batalla con el gigante. Que fue tan intensa la imaginacion de la auentura que yua a fenecer, que le hizo soñar que ya auia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estaua en la pelea con su enemigo, y auia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo q̃ las daua en el gigante, que todo el aposento estaua lleno de vino: lo qual visto por el ventero, tomò tãto enojo, q̃ arremetiò con don Quixote, y a puño cerrado le començo a dar tantos golpes, que si Cardenio, y el cura no se le quitaran, el acabara la guerra del gigante, y con todo aquello no despertaua el pobre cauallero, hasta que el barbero truxo vn gran caldero
de

de agua fria del pozo , y se le echò por todo el cuerpo , de golpe , con lo qual despertò don Quixote , mas no con tanto acuerdo , que echasse de ver de la manera que estaua. Dorotea que vio quan corta , y sotilmente estaua vestido , no quiso entrar à ver la batalla de su ayudador , y de su contrario . Andaua Sancho buscando la cabeça del Gigante , por todo el suelo , y como no la hallaua , dixo : Ya yo se que todo lo desta casa es encantamento , que la otra vez , en este mesmo lugar donde aora me hallo , me dieron muchos moxicones , y porrazos , sin saber quien me los daua , y nunca pude ver a nadie : y aora no parece por aqui esta cabeça , q̄ vi cortar por mis misísimos ojos , y la sangre corria del cuerpo , como de vna fuente. *Que* sangre , ni que fuente dizes , enemigo de Dios y de sus santos , dixo el ventero ? No vees , ladron , que la sangre , y la fuente no es otra cosa , que estos cueros que aqui estan horadados , y el vino tinto que nada en este aposento , que nadando vea yo el alma en los infiernos , de quien los horadó ? No se nada , respondió Sancho , solo se , que vendré a ser tan desdichado , que por no hallar esta cabeça se me ha de deshazer mi Condado , como la sal en el agua . Y estaua peor Sancho despierto , que su amo duermiendo : tal le tenian las promessas que su amo le auia hecho . El ventero se desesperaua de ver la flema del escudero , y el maleficio del señor , y juraua que no auia de ser como la vez passada , que se le fueron sin pagar : y que aora no le auian de valer los preuilegios de su caualleria , para dexar de pagar lo vno y lo otro , aun hasta lo que pudiessen costar las botanas q̄ se auia de echar a los rotos cueros .

Quarta parte de don

Tenia el Cura de las manos a don Quixote, el qual creyendo que ya auia acabado la auentura, y que se hallaua delante de la Princesa Micomicona, se hincò de rodillas delante del Cura, diziendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta, y famosa señora, viuir de oy mas segura, que le pueda hazer mala esta mal nacida criatura: y yo tambien de oy mas soy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el fauor de aquella por quien yo viuo, y respirò, tambien la he cumplido. No lo dixen yo, dixo oyendo esto Sancho, si que no estaua yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo at Gigate? Ciertos son los toros, mi Condado està de molde. Quien no auia de reyr con los disparates de los dos, amo, y moço? Todos reian, sino el ventero, q̄ se daua a Satanas. Pero en fin, tanto hizierò el Barbero, Cardenio, y el Cura, q̄ cò no poco trabajo dierrò con dō Quixote en la cama, el qual se quedò dormido, cò muestras de grandissimo cansancio. Dexaronle dormir, y salieronse al portal de la venta, a cõsolar a Sancho Pança, de no auer hallado la cabeça del Gigante: aunq̄ mas tuuieron q̄ hazer en aplacar al ventero, q̄ estaua desesperado por la repentina muerte de sus cueros: y la ventera dezia en voz, y en grito: En mal punto, y en hora menguada entrò en mi casa este cauallero andante, que nunca mis ojos le huuieran visto, que tan caro me cuesta. La vez passada se fue con el costo de vna noche, de cena, cama, paja, y ceuada, para el, y para su escudero, y vn rozin, y vn jumento, diziendo que era cauallero auenturero, que mala ventura le dè Dios, a el, y a quantos auentureros ay en el mundo: y q̄ por esto

no estaua obligado a pagar nada, que assi estaua escrito en los aranzeles de la caualleria andantesca. Y aora por su respeto, vino estorro señor, y me lleuò mi cola, y ha mela buelto con mas de dos quarrillos de daño, toda pelada, que no puede seruir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo, romperme mis cueros, y derramar me mi vino: q̄ derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, sino me lo han de pagar vn quarto sobre otro, o no me llamaria yo como me llamo, ni feria hija de quien soy. Estas, y otras razones tales, dezia la ventera, con grande enojo: y ayudaua su buena criada Maritornes. La hija callaua, y de quando en quando se sonrehia. El Cura lo soslegò todo, prometiendo de satisfacerles su perdida, lo mejor que pudiesse, assi de los cueros, como del vino: y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea consolò a Sancho Pança, diziendole, que cada y quando que pareciesse auer sido verdad que su amo huuiesse descabeçado al Gigante, le prometia, en viendose pacifica en su Reyno, de darle el mejor Condado q̄ en el huuiesse. Consolose con esto Sancho, y assegurò a la Princesa, que tuuiesse por cierto que el auia visto la cabeça del Gigante, y que por mas señas, tenia vna barba que le llegaua a la cintura, y que sino parecia, era porque todo quanto en aquella casa passaua, era por via de encantamento, como el lo auia prouado otra vez que auia posado en ella. Dorotea dixo, que assi lo creía, y que no tuuiesse pena, que todo se haria bien, y sucederia a pedir de boca.

Quarta parte de don

Sossegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaua poco. Cardenio, Dorothea, y todos los demas le rogaron la acabasse: el, que a todos quiso dar gusto, y por el que el tenia de leerla, prosiguió el cuento, que assi dezia.

Sucedio pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia, de la bondad de Camila, viuia vna vida contenta y descuydada: y Camila de industria, hazia mal rostro a Lotario, porque Anselmo entendiessé al reues, de la voluntad que le tenia: y para mas confirmacion de su hecho, pidio licencia Lotario, para no venir a su casa, pues claramente se mostraua la pesadumbre que con su vista Camila recibia, mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiziesse. Y desta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonor, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el que tenia Leonela de verse qualificada, no de con sus amores, llegò a tanto, que sin mirar a otra cosa, se yua tras el a suelta rienda: fiada en que su señora la encubria, y aun la aduertia del modo que con poco rezelo pudiesse ponerle en execucion. En fin, vna noche sintio Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar a ver quien los daua, sintio que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerça hizo, que la abrió, y entrò dentro a tiempo que vio que vn hombre saltaua por la ventana a la calle: y acudiendo con preseteza a aleançarle, o conocerle, no pudo conseguir lo vno, ni lo otro, porque Leonela le abraçò con el, diziendole: Sossegate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aqui saltò: es cosa mia, y tanto, que

que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo, sacò la daga, y quiso herir a Leonela, diziendole, que le dixesse la verdad, sino que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se dezia, le dixo: No me mates, señor, que yo te dirè cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, sino muerta eres. Por aora serà imposible, dixo Leonela, segū estoy de turbada, dexame hasta mañana, que entonces sabras de mi lo que te ha de admirar: y està seguro, que el que saltò por esta ventana, es vn mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sossegose cō esto Anselmo, y quiso aguardar el termino q̄ se le pedia, porque no pensaua oyr cosa q̄ contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y assi se salio del aposento, y dexò encerrada en el a Leonela, diziendole, q̄ de alli no saldria, hasta q̄ le dixesse lo que tenia que dezirle. Fue luego a ver a Camila, y a dezirle, como le dixo, todo aquello q̄ con su donzellá le auia passado, y la palabra que le auia dado de dezirle grandes cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, o no, no ay para q̄ dezirlo, por q̄ fue tanto el temor que cobrò, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela auia de dezir a Anselmo, todo lo que sabia de su poca fe, q̄ no tuuo animo para esperar si su sospecha salia falsa, o no. Y aquella mesma noche, quando le parecio que Anselmo dormia, juntò las mejores joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salio de casa, y se fue a la de Lorario, a quiẽ contò lo que passaua, y le pidio, q̄ la pusiesse en cobro, o q̄ se ausentassen los dos, donde de Anselmo pudiesen

Quarta parte de don

estar seguros. La confusion en que Camila puso a Lotario, fue tal, que no le sabia respõder palabra, ni menos sabia resoluerse en lo q̄ haria. En fin, acordò de llevar a Camila a vn monesterio, en quie era Prio ra vna su hermana. Consintio Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la lleuò Lotario, y la dexò en el monesterio: y el ansi mesmo, se ausentò luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia. Quando amanecio, sin echar de ver Anselmo, q̄ Camila faltaua de su lado, cõ el desseo que tenia de saber lo q̄ Leonela queria dezirle, se leuantò, y fue a donde la auia dexado encerrada. Abrio, y entrò en el aposento, pero no hallò en el a Leonela, solo hallò puestas vnas sauanas añudadas a la ventana, indicio y señal, q̄ por alli se auia descolgado, è ydo. Boluio luego muy triste, a dezirselo a Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedò assombreado. Pregütó a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razõ de lo q̄ pedia. Acertó a caso, andando a buscar a Camila, q̄ vio sus cofres abiertos, y q̄ dellos faltauan las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en q̄ no era Leonela la causa de su desventura. Y ansi como estaua, sin acabarse de vestir, triste, y pensatiuo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario: mas quando no le halló, y sus criados le dixerõ, q̄ aquella noche auia faltado de casa, y auia lleuado cõsigo todos los dineros que tenia, pésó perder el juyzio. Y para acabar de concluyr con todo, boluiendose a su casa, no halló en ella ninguno de quãtos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabia que pensar, q̄ dezir, ni q̄ hazer, y poco a poco se le
vua

y volviendo el juyzio. Contemplauase, y mirauase en vn instante, sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado, a su parecer, del cielo q̄ le cubria, y sobre todo sin honra, porq̄ en la falta de Camila vio su perdicion. Resoluiose en fin, a cabo de vna gran pieça, de yrse a la aldea de su amigo, dōde auia estado quando dio lugar a q̄ se maquinasse toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subio a cauallo, y con desmayado aliento se puso en camino: y a penas huuo andado la mitad, quādo acossado de sus pensamientos, le fue forçoso apearse, y arrendar su cauallo a vn arbol, a cuyo trōco se dexó caer, dando tiernos, y dolorosos suspiros: y alli se estuuó, hasta casi q̄ anocheçia, y aquella hora vio que venia vn hombre a cauallo, de la ciudad: y despues de auerle saludado le preguntó, q̄ nueuas auia en Florencia? El ciudadano respondió: Las mas estrañas que muchos dias ha se han oydo en ella, porque se dize publicamente, que Lotario aquel grande amigo de Anselmo el rico, que viuia a san Iuan, se lleuó esta noche a Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho vna criada de Camila, que a noche la halló el Governador, descolgandose con vna sauana, por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto, no se puntualmente como passó el negocio, solo se, que toda la ciudad està admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho, de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dizen que era tanta, que los llamauan, Los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que lleuan Lotario, y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano,

Quarta parte de don

puesto que el Governador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo Anselmo. Con el quedeys, respondió el ciudadano, y fuefe. Con tan desdichadas nuevas, casi, casi llegó a terminos Anselmo, no solo de perder el juyzio, sino de acabar la vida. Leuantose como pudo, y llegó a casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia: mas como le vio llegar, amarillo, consumido, y seco, entendio que de algũ graue mal venia fatigado. Pidio luego Anselmo, que le acostassen, y que le diessen adereço de escriuir. Hizose asì, y dexarõ le acostado, y solo, porque el asì lo quiso, y aunque le cerrassen la puerta. Viendose pues solo, començo a cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conocio q̄ se le yua acabando la vida, y asì ordenó de dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y començando a escriuir, antes que acabasse de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor, que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaua, acordó de entrar a saber, si passaua a delante su indisposicion, y hallole tendido boca a baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaua con el papel escrito, y abierto: y el tenia aun la pluma en la mano. Llegose el huesped a el, auiendole llamado primero, y tráuándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallandole frio, vio que estaua muerto. Admirose, y congoxose en grã manera, y llamó a la gēte de casa, para que viesse la desgracia a Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conocio

conocio que de su mesma mano estaua escrito, el qual contenia estas razones.

Vn necio, è impertinente desseo me quitó la vida Si las nueuas de mi muerte llegaren a los ovdos de Camila, sepa que yo la perdono, porq̄ no estaua ella obligada a hazer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiziesse: y pues yo fuy el fabricador de mi deshonra, no ay para que.

Hasta aqui escriuio Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dio auiso su amigo, a los parientes de Anselmo, de su muerte: los quales ya sabian su desgracia, y el monesterio donde Camila estaua, casi en el termino de acompañar a su esposo, en aquel forçoso viage, no por las nueuas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dizese, que aunque se vio biuda, no quiso salir del monesterio, ni menos hazer profesion de monja, hasta que no de alli a muchos dias le vinieron nueuas, que Lotario auia muerto en vna batalla que en aquel tiempo dio Monsiur de Lautrec, al gran Capitan Gonçalo Fernandez de Cordoua, en el Reyno de Napoles, donde auia ydo a parar, el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breues dias la vida, a las rigurosas manos de tristezas, y melancolias. Este fue el fin que tuuieron todos, nacido de vn tan desatinado principio. Bien, dixo el Cura, me parece esta nouela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad, y si es fingido, fingio mal el autor, porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quiera hazer tan

Quarta parte de don

costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre vn galan, y vna dama, pudiera se llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

Cap. XXXVI. Que eraca de la brava, y descomunal baralla que don Quixote euso con vnos cueros de vino cinto, con otros raros successos que en la venta le sucedieron.

ESTANDO En esto, el ventero, que estava a la puerta de la venta, dixo: Esta que viene es vna hermosa tropa de huerpedes: si ellos paran aqui, gaudeamus tenemos. Que gente es, dixo Cardenio? Quatro hombres, respondió el ventero, vienen a cavallo, a la gineta, con lanças, y adargas, y todos cō antifazes negros: y junto con ellos viene vna muger, vestida de blanco, en vn sillón, ansí mesmo cubierto el rostro: y otros dos moços de a pie. Vienen muy cerca, preguntò el Cura? Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegã. Oyendo esto Dorotea, se cubrio el rostro, y Cardenio se entrò en el aposento de dō Quixote, y casi no auian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero auia dicho: y apeandose los quatro de a cavallo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron a apearse a la muger que en el sillón venia: y tomandola vno dellos en sus braços, la sentò en vna silla que estava a la entrada del aposento donde Cardenio se auia escondi-

escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se auian quitado los antifazes, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dio vn profundo suspiro, y dexó caer los braços, como persona enferma, y desmayada. Los moços de a pie, lleuaron los cauallos a la caualleriza. Viendo esto el Cura, desseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estava, se fue donde estauan los moços, y a vno dellos le preguntó lo que ya desseaua: el qual le respondió: Par diez, señor, yo no sabre dezir que gente sea esta, solo se, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus braços a aquella señora que aueys visto: y esto digolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que el ordena, y manda. Y la señora quien es, preguntó el Cura? Tampoco sabre dezir esto, respondió el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oydo muchas vezes, y dar vnos gemidos, que parece que con cada vno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que auemos dicho, porque mi compañero, y yo, no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque auiendolos encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron, que viniessimos con ellos hasta el Andaluzia, ofreciendose a pagarnos lo muy bien. Y aueys oydo nombrar a alguno dellos, preguntó el Cura? No por cierto, respondió el moço, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros, y solloços de la pobre señora, que

nos

Quarta parte de don

nos mueuen a lastima: y sin duda tenemos creydo, que ella va forçada donde quiera que va: y segun se puede colegir por su habito, ella es monja, o va a serlo, que es lo mas cierto: y quiza porque no le deue de nacer de voluntad el mongio, va triste, como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexandolos, se boluio a donde estaua Dorotea, la qual como auia oydo suspirar a la emboçada, mouida de natural compasion, se llegó a ella, y le dixo: *Que mal sentis señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener vso, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco vna buena voluntad de seruiros?* A todo esto callaua la lastimada señora: y aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, toda via se estaua en su silencio, hasta que llegó el cauallero emboçado (que dixo el moço que los demas obedecian) y dixo a Dorotea: *No os canseys, señora, en ofrecer nada a essa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se haze, ni procureys que os responda, sino quereys oyr alguna mentira de su boca. Iamas la dixes (dixo a esta sazón la que hasta allí auia estado callando) antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mentirosas, me veo agora en tanta desventura: y desto vos mesmo quiero que seays el testigo, pues mi pura verdad os haze a vos ser falso, y metiroso.* Oyò estas razones Cardenio, bien clara y distintamente, como quien estaua tan junto de quiè las dezia, que sola la puerta del aposento de dō Quixote estaua en medio, y assi como las oyò, dando vna gran voz dixo: *Valgame Dios, que es esto q̄ oygo?*
Que

Que voz es esta que ha llegado a mis oydos? Bol-
uio la cabeça a estos gritos, aquella señora, toda so-
brefaltada, y no viendo quien las daua, se leuandrò en
pie, y fue a entrar en el aposento: lo qual visto
por el cauallero, la detuuò, sin dexarla mouer vn
passo. A ella, con la turbacion, y de assòsiego, se le
cayò el tafetan con que trahia cubierto el rostro, y
descubrio vna hermosura incomparable, y vn ros-
tro milagroso, aunque descolorido, y assombrado:
porque con los ojos andaua rodeando todos los lu-
gares donde alcançaua con la vista, con tanto ahin-
co, q̄ parecia persona fuera de juyzio, cuyas señales,
sin saber porque las hazia pusieron gran lastima en
Dorotea, y en quantos la mirauan. Teniala el cau-
llero fuertemente asida por las espaldas, y por estar
ocupado en tenerla, no pudo acudir a alçar se el
emboço que se le cahia, comò en efeto se le cayò
del todo: y alçando los ojos Dorotea (que abraçada
con la señora estaua) vio, que el que abraçada ansí
mesmo la tenia, era su esposo don Fernando: y a pe-
nas le huuo conòcido, quando arrojando de lo inti-
mo de sus entrañas vn luègo, y tristissimo ay, se de-
xò caer de espaldas, desmayada: y a no hallarse allí
junto el Barbero, que la recogio en los braços, ella
diera consigo en el suelo. Acudio luego el Cura a
quitarle el emboço, para echarle agua en el rostro,
y así como la descubrio la conocio don Fernando,
que era el que estaua abraçado con la otra, y quedò
como muerto en verla, pero no porque dexasse cò-
rrodo esto, de tener a Lusinda, que era la que pro-
curaua soltar se de sus braços: la qual auia conocio-
do en el suspiro, a Cardenio, y el la auia conocio-
do a
ella.

Quarta parte de don

ella. Oyò afsi mefmo Cardenio, el ay que dio Dorotea, quando se cayò desmayada, y creyendo que era fu Luscinda, falió del aposento despauorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenia abraçada a Luscinda. Tambien don Fernando conocio luego a Cardenio: y todos tres, Luscinda, Cardenio, y Dorotea, quedaron mudos, y fufpenfos, cafi fin saber lo que les auia acontecido. Callauan todos, y mirauanfe todos, Dorotea a don Fernãdo, dõ Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Cardenio. Mas quien primero rompio el silencio fue Luscinda, hablando a dõ Fernando desta manera: Dexadme feñor dõ Fernando, por lo q̄ deueis a fer quien foys, ya q̄ por otro refpeto no lo hagays dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quiẽ no me han podido apartar vueftras importunaciones, vueftras amenazas, vueftras promeffas, ni vueftras dadiuas. Notad como el cielo, por defufados, y a nosotros encubiertos caminos, me ha puefto a mi verdadero efpofo delante. Y biẽ fabeys por mil coftasas experiẽcias, q̄ fola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: feã pues parte, tan claros defengaños, para q̄ boluays (ya que no podays hazer otra cofa) el amor en rabia, la voluntad en defpecho, y acabadme con el la vida, que como yo la rinda delante de mi buen efpofo, la dare por bien empleada: quiça con mi muerte quedará fatisfecho de la fe que le mantrue, hafta el vltimo trance de la vida. Auia en este entretanto buelto Dorotea en fi, y auia estado efchuchando todas las razones que Luscinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era:
que

que viendo que don Fernando aun no la dexaua de los braços, ni respondia a sus razones, esforçandose lo mas que pudo, se levantò, y se fue a hincar de rodillas a sus pies, y del ramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lagrimas, assi le començò a dezir.

Si ya nu es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus braços eclypsado tienes, te quitan, y ofuscan los de tus ojos, ya auras echado de ver, que la que a tus pies està arrodillada, es la sin vètura (hasta que tu quieras) y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, a quien tu, por tu bondad, o por tu gusto, quisiste levantar a la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honestidad, viuio vida contenta, hasta que a las voces de tus importunidades, y al parecer, justos, y amorosos sentimientos, abrio las puertas de su recato, y te entregò las llaues de su libertad: dadiua, de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro, auer sido forçoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero con todo esto, no querria que cayesse en tu imaginacion, pensar que he venido aqui con passos de mi deshonra, auendome traydo solo los del dolor, y sentimiento de verme de ti olvidada. Tu quisiste que yo fuesse tuya, y quisistelo de manera, que aunque aora quieras que no lo sea, no serà posible que tu dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa a la hermosura, y nobleza por quien me dexas, la incomparable voluntad que te tengo. Tu no puedes ser de la hermosa Lucinda, porque eres mio

Quarta parte de don

mio: ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio. Y mas facil te serà, si en ello miras, reduzir tu voluntad a querer a quien te adora, que no encaminar la que te aborrece a que bien te quiera. Tu solicitaste mi descuydo, tu rogaste a mi entereza, tu no ignoraste mi calidad: tu sabes bien de la manera que me entreguè a toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte a engaño: Y si esto es asì, como lo es, y tu eres tan Christiano como cauallero, porque por tantos rodeos dilatas de hazerme venturosa en los fines, como me heziste en los principios? Y sino me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quiere me alomenos, y admiteme por tu esclava, que como yo estè en tu poder, me tendre por dichosa, y bien afortunada. No permitas, con dexarme, y desampararme, que se hagan, y junten corrillos en mi deshonra. No des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecè los leales seruios, que como buenos vassallos a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera, que pocas, o ninguna nobleza ay en el mundo, que no aya corrido por este camino: y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres decendencias. Quanto mas, q̄ la verdadera nobleza cõsiste en la virtud, y si esta a ti te falta, negandome lo que tan justamente me deues, yo quedarè con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, señor, lo que vltimamente te digo, es, q̄ quieras, o no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, que no han, ni deuen ser mentirosas, si v̄ es q̄ te precias de aquello por q̄ me desprecias.

Testigo

testigo sera la firma q̄ hiziste, y testigo el cielo, a
quíe tu llamaste por testigo de lo q̄ me prometias.
Y quãdo todo esto falte, tu misma conciẽcia no ha
de faltar de dar bozes callando en mitad de tus ale-
grias, boluiendo por esta verdad que te he dicho, y
turbando tus mejores gustos, y contentos. Estas, y
otras razones dixo la lastimada Dorotea con tan-
to sentimiento, y lagrimas, que los mismos que acõ
pañauan a don Fernando, y quantos presentes esta-
uan, la acompañaron en ellas. Escuchola don Fer-
nando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin a
las suyas, y principio a tantos solloços, y suspiros,
que bien auia de ler coraçon de bróze el que con
muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirã-
dola estaua Lusinda, no menos lastimada de su sen-
timiento, que admirada de su mucha discrecion, y
hermosura: y aunque quisiera llegar se a ella, y de-
zirlle algunas palabras de consuelo, no la dexauan
los braços de don Fernando, q̄ apretada la tenian:
el quel lleno de confusion, y el panto, alcabo de vn
buen espacio, q̄ atentamente estuuo mirando a Do-
rotea abrio los braços, y dexãdo libre a Lusinda, di-
xo: Venciste hermosa Dorotea, venciste, porque no
es posible tener animo para negar tantas verdades
juntas. Con el desmayo que Lusinda auia tenido,
esí como la dexò don Fernando, yua a caer en el
suelo, mas hallandose Cardenio alli junto, que a las
espaldas de don Fernando se auia puesto, porque no
le conociesse, pro supuesto todo temor, y auenturan-
do a todo riesgo, acudio a sostener a Lusinda, y co-
giendola entre sus braços, le dixo: Si el piadoso
cielo gusta, y quicre que ya tengas algun descan-

Quarta parte de don

so, leal, firme, y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendras mas seguro que en estos brazos que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron quando la fortuna quiso que pudiesse llamarte mia. A estas razones puso Lucinda en Cardenio los ojos, y auiendo comenzado a conocerle primero por la voz; y asegurandose que es era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta a ningun honesto respeto, le echò los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: Vos li señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra captiua, aunque mas lo impida la cótraria suerte, y aunq̄ mas amenazas le hagan esta vida, que en la v̄a se sustenta. Extraño espectáculo fue esse para don Fernando, y para todos los circúntantes, admirandose de tan no visto suceso. Parecióle a Dorotea que don Fernando auia perdido la color del rostro, y que hazia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vio encaminar la mano a ponella en la espada, y assi como lo penso con no vista presteza se abraço con el por las rodillas, besandose las, y teniendole apretado que no le dexaua mouer, y sin cessar vn punto de sus lagrimas, le dezia: Que es lo que pientas hazer vnico refugio mio, en este tan impensado trance? Tu tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres q̄ lo sea està en los brazos de tu marido, mira si te estara bien, o te será posible deshazer lo que el cielo a hecho, o si te conuendra querer leuantar a igualar a ti mismo a la que prosupuesto todo inconueniente, confirmada en su verdad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañados de licor amoroso el rostro, y
pechó

pecho de su verdadero esposo. Por quié Dios es, te ruego, y por quien tu eres te suplico, que este tã notorio delengañõ no solo no acreciente tu ira, sino que la mengue en tal manera, que cõ quietud, y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo, todo el tiempo que el cielo quisiere concederle, y en esto mostraras la generosidad de tu illustre, y noble pecho, y vera el mundo que tiene contigo mas fuerça la razon, que el apetito. Entanto que esto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada a Lucinda, no quitaua los ojos de don Fernando, con determinacion de q̄ si le viesse hazer algun mouimiento en su perjuizio, procurar defenderle, y ofender, como mejor pudiesse a todos aquellos que en su daño se mostrassen, aunque le costasse la vida pero a esta sazõ acudieron los amigos de don Fernando, y el cura, y que faltasse el bueno de Sancho Pança, y todos rodeauan a don Fernando, suplicandole tuuiesse por bien de mirar las lagrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creyan que lo era lo que en sus razones auia dicho, que no permitiesse quedasse defraudada de sus tan justas esperanças. Que cõsiderasse q̄ no a caso, como parecia, sino cõ particular providẽcia del cielo se auian todos jũtado en lugar donde menos ninguno pensaua. Y que aduertiesse, dixo el cura, q̄ sola la muerte podia apartar a Lucinda de Cardenio: y aunque los diuidiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicissima tu muerte: y que en los lazos inremediabiles era sumã cordura forçandose, y vencendose a si

Quarta parte de don

mismo mostrar vn generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozassen el biẽ que el cielo ya les auia concedido, que pudiesse los ojos ansi mesmo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas, o ninguna se le podian igualar, quãto mas hazerle veataja, y que juntasse a su hermosura su humildad, y el extremo del amor que le tenia: y sobre todo aduirriessse, que si se preciaua de cauallero, y de Christiano, que no podian hazer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumplendosela cumpliria con Dios, y satisfaria a las gentes discretas, las cuales saben, y conocen que es prerrogatiua de la hermosura, aunque este en sujeto humilde como se acompaẽe con la honestidad, poder leuantarse, è igualarse a qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la leuanta, e iguala a si mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no interuenga pecado, no deue de ser culpado el que las sigue. En efecto a estas razones aũadieron todos otras tales, y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con illustre sangre, se ablandò, y se dexò vencer de la verdad que el no pudiera negar, aunque quisiera; y la señal que dio de auerse rendido, y entregado al buẽ parecer que se le auia propuesto, fue abaxarse, y abraçar a Dorotea, diziendole: Leuanta os señora mia, que no es justo que estè arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aqui no he dado muestras de lo q̄ digo, quiça ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amays, os sepa estimar en lo que mereceys: lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal

termina.

termino, y mi mucho descuydo. Pues la misma ocasion, y fuerça que me mouio para acetaros por mia, essa misma me impelio para procurar no ser vuestro: y que esto lea verdad, bolued, y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareys disculpa de todos mis yerros: y pues ella hallò, y alcãço lo que desseaua, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viua ella segura, y contenta luengos, y felices años con su Cardenio, que yo rogarè al cielo que me los dexè viuir con mi Dorotea: y diziendo esto, la tornò a abraçar y a juntar su rostro cò el suyo con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener grã cuenia con que las lagrimas no acabassen de dar indubitables teñas de su amor, y arrepentimiento. No lo hizieron assi las de Luscinda, y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estauan, porque començaron a derramar tantas los vnos de contento proprio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun graue, y mal caso a todos auia sucedido. Hasta Sancho Pança lloraua, aũque despues dixo, que no lloraua el, sino por ver que Dorotea no era como el pensaua la Reyna Micomicona, de quien el tantas mercedes esperaba. Durò algun espacio junto con el llanto, la admiracion en todos y luego Cardenio, y Luscinda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando, dandole gracias dela merced que les auia hecho con tan corteses razones, que don Fernando no sabia que responderles, y assi los leuantò, y abraço cò muestras de mucho amor, y de mucha cortesia. Preguò luego a Dorotea, le dixesse como auia venido a aquel lugar tan lexos del suyo? Ella cò breues, y

Quarta parte de don

discretas razones conto todo lo que antes auia cõ-
tado a Cardenio: de lo qual gustò tanto don Fernan-
do, y los que con el venian, que quisieran que dura-
ra el cuento mas tiempo, tanta era la gracia cõ que
Dorotea contaua sus desuenturas. Y assi como hu-
uo acabado, dixo don Fernando lo que en la ciudad
le auia acontecido despues que hallò el papel en el
seno de Lusinda, donde declaraua ser esposa de
Cardenio, y no poderlo ser suya, dixo que la quiso
matar, y lo hiziera si de sus padres no fuera impedi-
do: y que assi se salio de su casa despechado, y co-
rrido, con determinacion de vengarse con mas co-
modidad, y que otro dia supo como Lusinda auia
faltado de casa de sus padres, sin que nadie supies-
se dezir donde se auia ydo, y que en resolucion al
cabo de algunos meses vino a saber como estaua en
vn monesterio cõ volũtad de quedarse en el toda la
vida, sino la pudiesse passar con Cardenio, y que as-
si como lo supo escogiendo para su compaõia aque-
llos tres caualleros vino al lugar donde estaua, a la
qual no auia querido hablar temeroso, q̃ en sabien-
do que el estaua alli auia de auer mas guarda en el
monesterio: y assi aguardando vn dia a que la por-
teria estuiesse abierta, dexò a los dos a la guarda
de la puerta, y el con otro auian entrado en el mo-
nesterio buscando a Lusinda, la qual hallaron en
el caustro hablando con vna monja, y arrebarando
la sin darle lugar a otra cosa se auian venido cõ ella
a vn lugar donde se acomodaron de aquello que
huieron menester para traella. Todo lo qual auia
podido hazer bien a su saluo por estar el moneste-
rio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Di-

xo, que assi como Luscinde se vio en su poder, perdio todos los sentidos, y que despues de buelta en si, no auia hecho otra cosa, sino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: y que assi acompañados de silencio, y de lagrimas auian llegado a aquella véia, que para el era auer llegado al cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desueltas de la tierra.

Cap. XXXVII. Que trata donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

TODO Esto escuchaua Sancho, no con poco dolor de su anima, viendo que se le desaparecian, è yuan en humo las esperanças de su ditado: y que la linda Princesa Micomicona se le auia buuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaua durmiendo a sueño suelto, bien descuydado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseya. Cardenio estaua en el mismo pensamiento: y el de Luscinde corria por la misma cuenta. Don Fernando daua gracias al cielo, por la merced recebida, y auerle sacado de aquel intricado laberinto donde se hallaua tan apique de perder el credito, y el alma: y finalmente quantos en la venta estauan, estauan contentos, y gozosos del buen suceso que auian tenido tan trauados, y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el cura como discreto, y a cada vno daua

Quarta parte de don

el parabien del bien alcançado: pero quien mas jubilaus, y se contentaua, era la ventera, por la promessa que Cardenio, y el cura le auian hecho de pagalle todos los daños, è intereffes que por cuenta de don Quixote le huieffen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el affigido, el desuencurado, y el triste: y assi con malenconico semblante entró a su amo, el qual acabaua de despertar, a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuydado de matar a ningun gigante, ni de boluer a la Prineesa su Reyno, que ya todo està hecho, y concludo. Esto creo yo bien, respondió don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal, y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y devn reues, zas, le derribè la cabeça en el suelo, y fue tanta la sangre que le salio, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced dezir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto, es vn cuero horadado, y la sangre, seys arrobas de vino tinto, que encerraua en su vientre: y la cabeça cortada, es la puta que me pario, y lleuelo todo Satanas. Y que es lo que dizes loco, replicò don Quixote, estas en tu seso? Leuantese vuestra merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que a hecho, y lo que tenemos que pagar: y verá a la Reyna conuertida en vna dama particular llamada Dorotea, con otros sucessos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me marauillaria de nada de esto, replicò don

don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuimos, te dixé yo, que todo quanto aqui sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que aora fuesse lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi mantecamiento fuera cosa desse jaez, mas no lo fue, sino real, y verdaderamente, y vi yo que el vétero que aqui está oy dia tenia del vn cabo de la manta, y me empujaua hàzia el cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta rifa, como fuerça, y donde interuiene conocerse las personas tengo para mi, aú que simple, y pecador, que no ay encantamento alguno, sino mucho molimiento, y mucha mala ventura. Aora bien, Dios lo remediara, dixo don Quixote, dame de vestir, y dexame salir alla fuera, que quiero ver los sucessos, y transformaciones que dizes. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contó el cura a don Fernando, y a los demas las locuras de don Quixote, y del artificio que auia usado, para sacarle de la peña pobre dóde el se imaginaua estar, por desdenes de su señora. Contóles assi mismo casi todas las auenturas que Sancho auia contado, de que no poco se admiraron, y rieron, por parecerles, lo que a todos parecia, ser el mas extraño genero de locura que podia caber en pensamiento del paratado. Dixo mas el cura, que pues ya el buen sucesso de la señora Dorotea impedia passar con su disignio adelante, que era menester inuentar, y hallar otro para poderle llevar a su tierra. Ofreciose Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Lusinda haria, y representaria la persona de Dorotea. No, dixo don Fernando, no ha de

Quarta parte de don

ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su inuencion, que como no sea muy lexos de aqui el lugar deste buen cauallero, yo holgare de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aqui, pues aunque estuier amas, gustara yo de caminallas, a trueco de hazer tan buena obra. Salio en esto don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mabrino en la cabeça, abraçado de su rodela, y arrimado a su tronco, o lançon. Suspendio a don Fernando, y a los demas la estraña presencia de don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su mestrado continente, y estuieró callando hasta ver lo que el dezia, el qual con mucha grauedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo.

Estoy informado (hermosa señora) deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna, y gran señora que soliadis ser, os aueys buuelto en vna particular donzella: si esto ha sido por orden del Rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diesse la necessaria, y deuida ayuda: digo, que no supo, ni sabe de la Misa la media, y q̄ fue poco versado en las historias cauallerescas, porque si el las huiera leydo, y passado tan atentamente, y con tanto espacio como yo las passe, y lei, hallara a cada passo, como otros caualleros de menor fama que la mia, auian acabado cosas mas dificultosas, no siendo mucho matar a vn gigante,
tillo,

tillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con el, y quiero callar, porque no me digan que miento: pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirá; quando menos lo pensesmos. Vistes os vos con dos cueros, que no con vn gigante, dixo a esta sazón el ventero, al qual mandó don Fernando que callasse, y no interrumpiesse la plática de don Quixote en ninguna manera: y don Quixote prosiguió, diciendo: Digo en fin alta, y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este Metamorfoseos en vuestra persona, q̄ no le deys credito alguno: porque no ay ningun peligro en la tierra por quien nõ se abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeça de vuestro enemigo en tierra, os pondre a vos la corona de la vuestra en la cabeça en breues dias. No dixo mas don Quixote, y esperò a que la Princesa le respondiesse, lo qual como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiesse adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quixote, con mucho donayre, y grauedad le respondió: Quienquiera que os dixo, valeroso cauallero de la triste Figura, que yo me auia mudado, y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la misma que ayer fuy me soy oy: verdad es, que alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera dessecarme: pero no por esso he dexado de ser la que antes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, è inuenerable brazo, q̄ siépre he tenido: assi q̄ señor mio, vuestra bondad
buelua

Quarta parte de don

buelua la honra al padre que me engendrò, y tengale por hombre aduertido, y prudente, pues con su ciencia hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos señor no fuera jamas acertara a tener la venura que tengo, y en esto digo tãta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es, que mañana nos pôgamos en camino, porque ya oy se podra hazer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dexaré a Dios, y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyendolo don Quixote, se boluio a Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dixo: Aora te digo Sanchuelo, que eres el mayor vellaquelo que ay en España: dime ladrón bagamundo, no me acabaste de dezir aora que esta Princesa se auia buuelto en vna donzella que se llamaua Dorotea? y que la cabeça que entiendo que cortè a vn gigãte, era la puta que te pario? con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto, y mirò al cielo, y a pretò los dientes, que estoy por hazer vn estrago en ti, que ponga sal en la mollera a todos quantos mentirosos escuderos huuiere de caualleros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio. respondió Sancho, que bien podria ser que yo me huuiesse engañado en lo que toca a la mutacion de la señora Princesa Micomicona: pero en lo que toca a la cabeça del gigante, o alomenos a la horadacion de los cueros, y a lo de ser vino tanto la sangre, no me engaño viue Dios, porque

porque los cueros alli estan heridos a la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho vn lago el aposento, y sino al freyr de los buevos lo verá: quiero dezir, que lo verá quando aqui su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demas, de que la señora Reyna se este como se estaua me regozijo en el alma, porque me va mi parte, como a cada hijo de vezino. Agora yo te digo Sancho, dixo don Quixote, q̄ eres vn mentecato, y perdoname, y basta. Basta, dixo dō Fernando, y no se hable mas en esto: y pues la señora Princesa dize que se camine mañana, porque ya oy es tarde, hagase a si, y esta noche la podremos passar en buena conuersacion, hasta el venidero dia donde todos acompañaremos al señor don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, é inauditas hazañas, que ha de hazer en el discurso desta grande empresa, que a su cargo lleua. Yo soy el que tengo de seruiros, y acompañaros, respondió don Quixote: y agradezco mucho la merced q̄ se me haze, y la buena opinion que de mi se tiene, la qual procurarè que salga verdadera, o me costara la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos passaron entre don Quixote, y don Fernando: pero a todo puso silencio, vn passagero q̄ en aquella sazón entrò en la venta: el qual en su traje mostraua ser Christiano rezien venido de tierra de Moros, porque venia vestido con vna casaca de paño azul, corta de faldas con medias mangas, y sin cuello: los calçones eran asì mismo de lienço azul, con bonete de la misma color: traya vnos borze-

guies

Quarta parte de don

guies datilados, y vn alfanje Morisco, puesto en vn
cañeli que le atrauesaua el pecho. Entrò luego tras
el encima de vn jumento vna muger a la Morisca
vestida, cubierto el rostro con vna toca en la cabe-
ça: traya vn bonetillo de brocado, y vestida vna al-
malafa, que desde los ombros a los pies la cubria.
Era el hombre de robusto, y agraciado ralle, de edad
de poco mas de quarenta años, algo moreno de ros-
tro, largo de vigotes, y la barba muy bien puesta, en
resolucion el mostraua en su apostura, q̄ si estuiera
bien vestido le juzgaran por persona de calidad, y
bien nacida. Pidio en entrando vn aposento, y co-
mo le dixeran que en la venta no le auia, mostro
recebir pesadumbre, y llegando se a la que en el tra-
je parecia Mora, la apeo en sus braços. Lu cinda,
Dorotea, la ventera, su hija, y Maritornes llevados
del nueuo, y para ellos nunca visto traje, rodearon
a la Mora, y Dorotea que siempre fue agraciada, co-
medida, y discreta, pareciédola q̄ así ella como el
que la traya se congoxauan por la falta del aposen-
to, le dixo: No os de mucha pena señora mia, la in-
comodidad de regalo que aqui falta, pues es pro-
prio de ventas no hallarse en ellas: pero con todo
esto si gustaredes de passar con nosotras, señalando
a Lucinda, quiça en el discurso de este camino
aureys hallado otros no tan buenos acogimien-
tos? No respondió nada a esto la emboçada, ni hizo
otra cosa que levantarse de donde sentado se auia,
y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pe-
cho, inclinada la cabeça doblò el cuerpo, en señal
de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron
que sin duda alguna deuia de ser Mora, y que no
sabia

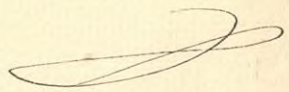
sabia hablar Christiano. Llegò en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces auia estado, y viendo que todas tenian cercada a la que con el venia, y que ella a quanto le dezian callaua, dixo: Señoras mias, esta donzella apenas entiendo mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no deue de auer respondido, ni responde a lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Lusinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hara el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga a seruir a todos los estrangeros que del lo tuuieren necesidad, especialmente siendo muger a quien se sirue. Por ella, y por mi, respondió el captiuo, os beso señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon, la merced ofrecida, q̄ en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se hecha de ver que ha de ser muy grande. Dezidme señor, dixo Dorotea, esta señora es Christiana, o Mora? porque el traje, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuesse? Mora es en el traje, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. Luego no es baptizada replicò Lusinda? No ha auido lugar para ello, respondió el captiuo, despues que salio de Argel su patria, y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligasse a baptizalla sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia

Quarta parte de don

Iglesia manda: pero Dios serà seruido que presto se bauize con la decencia que la calidad de su persona merece, q̄ es mas de lo q̄ muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchandole estauan, de saber quien fuesse la Mora, y el captiuo: pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazón era mas para procurarles descanso, que para preguatarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano, y la lleuó a sentar junto a si, y le rogò que se quitasse el emboço. Ella mirò al cautiuo, como si le preguntara le dixesse lo que dezian, y lo que ella haria. El en lengua Arauiga le dixo, que le pedian se quitasse el emboço, y que lo hiziesse, y así se lo quitò, y descubrió vn rostro tan hermoso, que Dorotea la tuuo por mas hermosa q̄ a Lusinda, y Lusinda por mas hermosa q̄ a Dorotea, y todos los circustates conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun huuo algunos que le auétajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogatiua, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al desseo de seruir y acariciar a la hermosa Mora. Preguntò don Fernando al captiuo como se llamaua la Mora, el qual respondió que Lela Zorayda, y así como esto oyò, ella entendio lo que le auian preguntado al Christiano, y dixo con mucha priessa llena de cógoxa, y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria, dando a entender que se llamaua Maria, y no Zorayda. Estas palabras el grande afecto con que la Mora las dixo, hizieron derramar mas de vna lagrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mugeres

mugeres que de su naturaleza son tiernas, y compasivas. Abraçola Lúscinda con mucho amor, diziendole: Si, si, Maria, Maria, a lo qual respondió la Mora: Si, si, Maria, Zorayda macange, que quiere dezir, no. Ya en esto llegaua la noche, y por orden de los que venian con don Fernando, auia el ventero puesto diligencia, y cuydado en adereçarles de cenar, lo mejor que a el le fue posible. Llegada pues la hora, sentaronse todos a vna larga mesa, como de tinelo, porque no la auia redonda, ni quadrada en la venta. Y dieron la cabecera, y principal asiento, puesto que el lo rehusaua, a don Quixote, el qual quiso que estuuiesse a su lado la señora Micomicona, pues el era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda, y Zorayda, y frontero dellas don Fernando, y Cardenio, y luego el cautiuo, y los demas caualleros, y al lado de las señoras, el cura, y el barbero. Y así cenaron con mucho contento, y acrecentoseles mas, viendo que dexando de comer don Quixote, mouido de otro semejante espiritu, que el que le mouio a hablar tanto, como habló quando cenò con los cabreros, començo a dezir: Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes è inauditas cosas vé, los q̄ professan la ordé de la andante caualleria. Sino qual de los viuiétes aura en el mundo, que aora por la puerta deste casti lo entràra, y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue, y crea, que nosotros somos, quien somo.? Quien podra dezir que esta señora que està a mi lado, es la grã Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel cauallero de la triste Figura, que anda por ahi, en boca de la fama? Aora no ay que dudar, sino que esta arte, y exercicio, excede a todas aque-

Ff llas, y



Quarta parte de don

llas, y aquellos, que los hombres inuentaron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto a mas peligros está sugeto. Quitenseme delante, los que dixeren que las letras hazen ventaja a las armas, que les dire, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razon que los tales suelen dezir, y a lo que ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espiritu exceden a los del cuerpo. Y que las armas, solo con el cuerpo se exercitan, como si fuesse su exercicio officio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerças. O como si en esto que llamamos armas, los que las professamos, no se encerrassen los actos de la fortaleza, los quales piden para executarlos mucho entendimiento. O como sino trabajasse el animo del guerrero, que tiene a su cargo vn exercito, o la defensa de vna Ciudad sitiada, assi con el espiritu, como con el cuerpo. Sino veale si se alcança, con las fuerças corporales, a saber, y congeturar el intento del enemigo. Los disignios, las estratagemas; las dificulidades, el preuenir los daños que se temen, que todas estas cosas, son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues assi, que las armas requieren espiritu como las letras. Veamos aora, qual de los dos espíritus, el del letrado, o el del guerrero, trabaja mas? Y esto se vend a aconocer por el fin, y paradero a que cada vno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas not le fin. Es el fin, y paradero de las letras, (y no hablo aora de las diuinas, que tienen
por

por blanco, llevar, y encaminar las almas al cielo, que a vn fin, tan sin fin como este, ninguno otro se le puede ygualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia, distributiva, y dar a cada vno lo que es suyo, entender, y hazer que las buenas lcyes se guarden: sin porcierto generoso, y alto, y digno de grande alabanza: pero no de tanta, como merece aquel a que las armas atienden, las quales tienen por objeto, y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y assi las primeras buenas nueuas que tuuo el mundo, y tuuieron los hombres, fueron las que dierõ los Angeles, la noche que fue nuestro dia, quando cantarõ en los ayres: Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra, a los hombres de buena voluntad: y a la salutacion, que el mejor maestro de la tierra, y del cielo, enseñõ a sus allegados, y fauoridos, fue dezirles, que quando entrassen en alguna casa, dixessen. Paz sea en esta casa. Y otras muchas vezes les dixo: Mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros. Bien como joya, y prenda dada, y dexada de tal mano, joya que sin ella, en la tierra, ni en el cielo, puede auer bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es dezir armas, que guerra. Profupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y q̄ en esto haze ventaja al fin de las letras, vengamos aora a los rabajos del cuerpo del letrado, y a los del professor de las armas, y vease quales son mayores. De tal manera, y por tan buenos terminos yua prosiguiendo en su platica don Quixote, que obligò a que por entonces ninguno de los que escuchandole estauan, le

Quarta parte de don

ruiesse por loco. Antes como todos los mas eran caualleros, a quien son anejas las armas, le escuchauan de muy buena gana, y el profiguio diziendo: Digo pues, q̄ los trabajos del estudiante son estos: Principalmente pobreza, (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso, en todo el extremo que pueda ser) y en auer dicho que padece pobreza, me parece que no auia que dezir mas de su mala ventura. Porque quien es pobre, no tiene cosa buena, esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto. Pero con todo esto no es tanta que no coma, aunque sea vn poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, este que entre ellos llaman andar a la sopa, y no les falta algun ageno brasero, o chimenea, que fino callenta, alomenos entibie su frio, y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conuiene a saber de la falta de camisas, y no sobra de çapatos, la raridad, y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, quando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, aspero, y dificultoso, tropeçando aqui, cayendo alli, leuantandose aculla, tornando a caer aca, llegan al grado que dessean, el qual alcançado, a muchos hemos visto (que auiendo passado por estas Sirtes, y por estas Scilas, y Caribdis, como llevados en buelo, de la fauorable fortuna) digo que los hemos visto mandar, y gouernar el mundo desde vna silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en vna estera, en reposar en olandas y damascos.

cos. Premio justamente merecido de su virtud, pero contrapuestos, y comparados sus trabajos, con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como agora dire.

Capit. XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo don Quixote, de las armas, y las letras.

PROSIGVIENDO don Quixote, dixo: Pues comengamos en el estudiante, por la pobreza, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado. Y veremos que no ay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene, o tarde, o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida, y de su conciencia. Y a vezes suele ser su desnudez tanta, que vn colete acuchillado le sirue de gala y de camisa, y en la mitad del inuierno se suele reparar de las inclemencias del cielo. Estando en la campaña rafa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vazio, tengo por aueriguado, que deue de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades, en la cama que le aguarda. La qual sino es por su culpa, jamas pecara de estrecha, que bien puede medir en la tierra, los pies que quilicre, y reboluerse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sauanas. Lleguese pues a todo esto el dia, y la hora, de recibir el grado de su

Quarta parte de don

exercicio : lleguese vn dia de batalla , que alli se pondran la borla en la cabeça , hecha de hilas , para curarle algun balazo , que quiza le aura passado las sienas , o le dexara estropeado de braço , o pier-na. Y quando esto no suceda , sino que el cielo piadoso le guarde , y conserue , sano , y viuo , podra ser que se quede en la mesma pobreza que antes estaua , y que sea menester que suceda vno , y otro encuentro , vna , y otra batalla , y que de todas salga vencedor , para medrar en algo. Pero estos milagros vense raras vezes. Pero dezidme señores , si aueys mirado en ello? Quan menos son los premiados por la guerra , que los que han perecido en ella? Sin duda aueys de responder , que no tienen comparacion , ni se pueden reduzir a cuenta los muertos , y que se podran contar los premiades viuos , cõ tres letras de guarismo. Todo esto es al reues en los letrados , porque de faldas , que no quiero dezir de mangas , todos tienen en que entretenerse. Assi que aunque es mayor el trabajo del soldado , es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder , que es mas facil , premiar a dos mil letrados , que a treynra mil soldados. Porque a aquellos se premian con darles officios , que por fuerça se han de dar a los de su profelsion : y a estos no se pueden premiar , sino con la mesma hazienda del señor a quien sirven : y esta impossibilidad , fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto a parte , que es laberinto de muy dificultosa salida , sino boluamos a la preeminencia de las armas , contra las letras. Materia que hasta aora està por aueriguar , segun son las razones , que cada vna de su parte alega : y entre las que

que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas. Porque la guerra, tambien tiene sus leyes, y està sujeta a ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podran sustentar sin ellas. Porque con las armas, se defienden las republicas, se conseruan los Reynos, se guardan las Ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de cofarios. Y finalmente, si por ellas no fuesse, las republicas, los Reynos, las Monarquias, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra, estarian sujetos al rigor, y a la confusion que trae consigo la guerra, el tiempo que dura, y tiene licencia de vsar de sus preuilegios, y de sus fuerças. Y es razon aueriguada, que aquello que mas cuesta, se estima, y dcue de estimar en mas. Alcançar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeça, indigestiones de estomago, y otras cosas a estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar vno por sus terminos, a ser buen soldado, le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque a cada passo està a pique de perder la vida. Y que temor de necesidad, y pobreza, puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene vn soldado, que hallandose cercado en alguna fuerça, y estando de posta, o guarda, en algun rebellin, o cauallero, siente que los enemigos estan minando, hàzia la parte donde el està, y no puede apartarse de alli, por ningun caso, ni huyr el peligro, que de tan cerca le amenaza. Solo lo

Quarta parte de don

que puede hazer, es, dar noticia a su capitán de lo que passa, para que lo remedie, con alguna contra-
mina, y el estarse quedo, temiendo, y esperando,
quando improuisamente ha de subir a las nuues sin
alas, y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este pa-
rece pequeño peligro, veamos si le yguala, o haze
ventaja, el de enuestirse dos galeras por las proas,
en mitad del mar espacioso. Las quales enclauja-
das, y trauadas, no le queda al soldado mas espacio,
del que concede dos pies de tabla del espolon. Y có-
todo esto, viendo que tiene delante de si, tantos mi-
nistros de la muerte, que le amenazan, quantos ca-
ñones de artilleria se assestan de la parte contraria,
que no distan de su cuerpo vna lança, y viendo que
al primer descuydo de los pies, yria a visitar los pro-
fundos senos de Neptuno: y con todo esto, con in-
trepido coraçon, lleuado de la honra que le incita, se
pone a ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura
passar por tan estrecho passo, al baxel contrario. Y
lo que mas es de admirar, que apenas vno ha caydo,
donde no se podra leuantar hasta la fin del mundo,
quando otro ocupa su mesmo lugar, y si este tam-
bien cae en el mar, que como a enemigo le aguar-
da, otro, y otro, le succede, sin dar tiempo, al tiem-
po de sus muertes, valentia, y atreuimiento, el ma-
yor que se puede hallar en todos los trances de la
guerra. Bien ay an aquellos benditos siglos, que ca-
recieron de la espantable furia, de aquestos ende-
monizados instrumentos de la artilleria, a cuyo in-
uentor, tengo para mi, que en el infierno se le está
dando el premio de su diabolica inuencion, con la
qual dio causa, que vn infame, y cobarde braço,
quite

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

LA PRESENTE EDICION, REPRODUCIDA IDÉNTICA Y FIELMENTE

POR LA

FOTOGRAFÍA É IMPRENTA

DE LA PRIMERA QUE DIÓ Á LUZ EN 1605 EL INMORTAL CERVANTES

y de la cual solo se conocen dos ejemplares, propiedad de

LA ACADEMIA ESPAÑOLA Y LA BIBLIOTECA NACIONAL,

CONSTARÁ

de 1248 páginas, fotografiadas é impresas

CON TODO LUJO, QUE FORMARÁN DOS VOLÚMENES (1.^a y 2.^a parte.)

SE PUBLICARÁ

UNA ENTREGA MENSUAL

de 48 páginas.—Toda la obra 26 Entregas.

PRECIO DE CADA ENTREGA EN MADRID Y PROVINCIAS

20 Rs. vn. (5 Pesetas.)—En el extranjero, 6 Francos.

Se pagará una entrega adelantada, á cuyo fin la primera entrega se hará en dos repar-
tos, que solo constarán de 24 páginas.

Al final de cada tomo recibirán los suscritores, como regalo, los apéndices de notas y
aclaraciones escritas por el Excmo. Sr. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

La asociacion propagadora de la primera edicion del QUIJOTE, deseando que esta obra
importantísima, que varias corporaciones literarias han tenido el sentimiento de no poder
realizar por falta de medios, pueda llevarse á término, confia en la cooperacion de cuan-
tas personas se interesen por el concepto literario y artístico de España.

A este fin ha acordado lo siguiente:

«Tendrán ingreso en la Asociacion cuantos procuren la propagacion de ejemplares y se
recompensará su celo con una medalla conmemorativa de la obra, en la que se grabará el
nombre del asociado.

LA MEDALLA SERÁ

DE METAL BLANCO. Por cada tres ejemplares.
DE BRONCE. Por cada diez id.
DE PLATA. Por cada veinte id.

Acompaña á esta obra un Apéndice de notas y aclaraciones sobre el QUIJOTE
escritas por dicho Sr. HARTZENBUSCH, DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL,
y dos portadas en colores que serán la expresion
del mayor adelanto alcanzado por la Imprenta en la época actual.

Cada trimestre se publicará (gratis para los suscritores) un

BOLETIN DEL QUIJOTE

con los escritos que sobre esta obra se publiquen en la prensa y las listas de asociados y suscritores, etc.

Imp. de Ramirez y C.^ª—1871.

célebre de hoy mas en los fastos barceloneses; como de lejos y á deshora me acudiera á las mientes aquello de que tanto monta en ocasiones romper como desatar, di por averiguado que cumplia como bueno con leer un capítulo del Quijote, invencion que tuve por peregrina, felicísima y digna de singular aplauso, entre otras razones de no menos bulto, por ahorrarnos á vosotros de escuchar mi prosa amartillada y contrahecha, y á mí por ofrecerme ocasion de leer una vez mas un pasaje del libro de los libros españoles.

Hechas estas prevenciones y excusado por tal manera mi proceder, ya no tengo para qué decirnos que me hallé, como decirse suele, de la otra parte, pues aun cuando me pusieron á dos dedos de dar de través con mi resolusion y echarlo todo á ocho, nuevas imaginaciones, escrúpulos y reparos, que terminaban siempre en suspension y elevamiento, acerca de si concederia la preferencia al discurso de las armas y las letras; á la magistral descripcion de los rebaños que al bueno de don Quijote le parecieran ejércitos; al razonamiento que pasó entre él, Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco; ó á otros pasajes como estos curiosos, entretenidos y de gran instruccion, celebrados de los sabios, no ignorados de los niños, sabidos de los grandes, y por mozos y ancianos calificadas de mina de deleites y tesoro de pasatiempo; determinéme al cabo, no sé si con buen ó mal acuerdo, á repetir lo que cuenta la historia que le avino al esforzado hidalgo, con un discreto caballero de la Mancha, despues de haber derribado y vencido al de los Espejos, moviendome á ello el presentársenos en tan acabada pieza, un dechado perfecto de aquellos españoles nobilísimos que andaban por el mundo cuando Dios queria, y el hablarse de la poesia en tales términos que, pues, se alaban por sí mismos, no hay para qué encarecellos. Y así, sin mas prevenciones, que ya pasan las que preceden de enojosas é impertinentes, tomando el libro en las manos, abriré por el capítulo décimo sexto de la segunda parte que dice:

(Siguió su lectura.)

PROYECTO.

Sr. D. Leopoldo Rius y de Lloséllas.

MUY SR. MIO Y ESTIMADO AMIGO: La primera edicion de D. Quijote no mereció, por razones conocidas, que se la dedicase ni una sola lámina. No las necesitaba. Al reproducirla ahora, por la Foto-Tipografia, deseo darle, por ese sistema, el acompañamiento mas notable y artístico que haya tenido, hasta el dia, autor ni obra alguna.

Tomando uno ó mas grabados de todas las ediciones ilustradas que se han publicado de este libro, en el mundo, se formará una coleccion de *cien láminas* en que se halle representada, con diversidad, la idea que de él se han formado las distintas naciones y los artistas que en aquellas se han ocupado.

Puede ser, bajo la base del Quijote, una revista del grabado durante los últimos 200 años.

Para esa tarea, mucho mas árdua que la reproduccion del impreso, ignoro las dificultades que podrán presentarse, para reunir originales, ni los favores que necesitaré obtener.

Empiezo por dirigirme á V. que es, en mi concepto,

el que, en nuestro país, reúne mayor número de ediciones (1) del Quijote y de los que mas esplendida admiracion rinden al *inmortal Cervantes*, para saber si, en atencion al obgeto, permitirá se espongan las obras ilustradas, que posee, ante el aparato que puede copiarlas.

Con este motivo se repite de V. su afectísimo amigo y S. S.

Q. B. S. M.

FRANCISCO LOPEZ FÁBRA.

Sr. D. Francisco Lopez Fábra.

ESTIMADO SR. MIO Y AMIGO: Si no fuese ya conocida y apreciada dentro y fuera de España, la importancia de los trabajos cervánticos que está V. llevando á cabo, la acreditará el proyecto que me comunica V. en su por demás lisonjera carta.

Formar una coleccion de todas las ilustraciones del Quijote, es, como dice V. muy bien, el acompañamiento mas artístico que haya tenido jamás obra alguna; es, además, completar de un modo dignísimo el monumento que eleva V. hoy dia á la memoria de Cervantes, con su preciosa reproduccion de la primera edicion del Quijote.

En el espacio de los dos siglos transcurridos desde que salieron á luz en Bruselas (año 1662) las primeras láminas del Quijote, son tantas las diversas ilustraciones que ha tenido este libro, que sin vacilar podemos decir no le iguala ningun otro.

Tambien es cierto que ningun otro le iguala en mérito y en sublimidad.

Participo de la opinion de un insigne cervantófilo que ha dicho que aun no habia salido el ilustrador digno del *Ingenioso Hidalgo*, y por lo mismo la idea de V. de reunir en ordenada coleccion todo lo bueno y lo malo que se ha dado en estampas de las aventuras del *Manchego Caballero* merecerá á no dudarlo la general aceptacion; sobre todo cuando en medio de tantos y tantos dibujantes de todas naciones que han traducido en imágenes los hechos del *Caballero de la triste figura* y de su fiel escudero, descuellan los nombres de Vanderbank, Coypel, Carnicero, Castillo, Hogarth, Smirke, Johanot, Madrazo, Vernet, Gustave Doré y otros y otros.

Creo pues que todos los cervantistas sin distincion se apresurarán á facilitarle á V. los datos y originales necesarios para el logro de la importante empresa que va V. á acometer.

Escuso manifestarle cuán dichoso me considero en poner desde luego á su disposicion mi naciente biblioteca cervántica, pero me parece se ha escedido V. al darla el inmerecido puesto que la señala en su escrito, pues en solos cinco años escasos no es posible llegar á la altura que V. lisonjeramente conceptúa.

Concluyo repitiéndole mis plácemes por su magnífico proyecto, y confirmandome de todas veras suyo afectísimo y S. S.

Q. S. M. B.

LEOPOLDO RIUS.

Animados por el generoso ofrecimiento que hace el Sr. de Rius, unido á elogios que superan al merecimiento, proseguiremos el proyecto pidiendo los necesarios datos á personas competentes.

Barcelona. Imp. de Narciso Ramirez y C.^a, pasaje de Escudillers, núm. 4.

(1) En la actualidad 78, y continua aumentándose.

MUESTRA DE LA FORMA Y TIPOS DE IMPRESION,

APROBADOS

POR EL EXCMO. SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

PARA SUS

NOTAS

á la edicion fotográfica del QUIJOTE.

Nota, número 1.

Portadas de las ediciones primera, segunda y tercera de El Ingenioso Hidalgo, D. Quijote de la Mancha, primera parte, hechas en Madrid por Juan de la Cuesta.

Deben principiarse estas notas por una, relativa á la portada de nuestro insigne libro en las tres ediciones de la **Primera Parte**, que hizo Juan de la Cuesta. La portada de la edicion primera, que reproducimos, es igual á la de la tercera edicion del mismo impresor, sin más que dos diferencias, necesaria la una, equivocacion  descuido la otra. En la línea antepenúltima, en lugar de las palabras con privilegio, se lee en la tercera impresion con privilegio de Castilla, Aragon y Portugal; la equivocacion  errata consiste en haber omitido una u en un nombre propio, imprimiéndose **Burgillos** en vez de **Burguillos**. En la segunda edicion, estampada, quizá muy de prisa, en el mismo año que la primera, 1605, ya se había impreso **Burgillos**; y además, al Duque de Béjar, Conde de Benalcázar ( por mejor decir, **Belalcázar**), le habían ascendido, no ménos que á Conde de **Barcelona**, título de los Reyes de España.

Presuponga, pues, el lector, que va á ver un libro (si no lo ha visto ya), que, habiendo sido poco esmeradamente reimpresso por el mismo que lo imprimió la primera vez, autoriza para sospechar si el original manuscrito no sería muy fielmente puesto en letra de molde. Y si, además, el autógrafo no venía claro ni limpio, sino en borrador y defec-

tuoso; si no fué copiado bien,  ni bien ni mal, tendremos la explicacion de muchos defectos que se irán sealando en el texto del mejor libro de recreo que hay en nuestro idioma. Otras faltas advertiremos, que ya no parecen de amanuense ni de tipógrafo, sino del autor, pero que él corrigió,  quiso corregir,  cometió involuntariamente, y aun contra su intencion y propósito; y algunas, en fin, verdaderos errores, que no es lícito enmendar ni encubrir. Al despedirnos del lector en nuestras observaciones postreras, hallar el resumen y aplicacion de este enojoso, quizás no inoportuno, trabajo. No es un Comentario al **Quijote**; es, sí, un auxilio para el buen uso de su primera edicion, hoy exactamente multiplicada, y un ensayo de suplemento á los Comentarios, más  ménos extensos, que de nuestro libro se han dado á luz.

Nota, número 2.

TASA.—*Testimonio de las erratas.*

Dos ejemplares de la edicion primera de **El Ingenioso Hidalgo** hemos tenido á la vista para extender nuestras advertencias. El uno pertenece á la Biblioteca de la Real Academia Española, el otro á la Biblioteca Nacional, á quien se lo regal en el año 1864 el Sr. D. Justo Zapater y Jareño. La portada, y las tres últimas hojas del libro que comprende la tabla de los capitulos, faltaban al ejemplar del Sr. Zapater, y se copiaron fotográficamente del de la Academia: resulta así que éste solo es el que ha visto completo quien escribe las presentes notas; y aun en él, como ya lo

